

ENTREACTOS

INFORTUNIO DEL MALECON

Por Ramón Vasconcelos

SOBRE el Malecón gravita desde algún tiempo a la fecha un destino dramático. Lo han fatalizado, castigado, ridiculizado. El Malecón es un regalo de la Naturaleza a La Habana que los habaneros parecen no agradecer bastante. Nos lo envidian las capitales extranjeras de tierra adentro, sin perspectivas abiertas sobre el mar, sin los curvos horizontes en la lejanía. Todas las ciudades que miran al agua, singularmente las que miran al mar, tienen siempre los brazos abiertos para recibir al que viene de fuera, el propio miraje dilatado les ensancha la visión; en cambio, las que viven encerradas en sus límites urbanos, desconfiadas de lo que les llega, que a veces es el enemigo, no se entregan con facilidad. ¿Cuánto daría México por los oleajes, por las mareas, por las brisas y hasta por el magnífico espectáculo de las tempestades que La Habana contempla desde los muros del Malecón? París lo cambiaría a ojos cerrados por el Sena. Y no digamos nada de Madrid, cuyo Manzanares sigue siendo un aprendiz de río.

Sin el Malecón, soleado, remojado por la resaca, batido por los vientos, con el telón de fondo del Golfo, nuestra capital sería inhabitable. Es la limosna de aire y de sol que se le hace al hombre, a la mujer, al niño del solar, castigo todavía del pobre y vergüenza de la municipalidad. Del interior de esas ciudades, en que se hacinan edades y sexos, sale un vaho irrespirable. Esa incomodidad, ese disponer de un espacio insuficiente y de un oxígeno racionado, echa las comadres a la puerta única de la calle, produce el mal humor, crea la tragedia permanente de todos los encierros. De noche el solar es un horno. Y el vecindario enchiquerado, impotente para la rebeldía, que después de todo sería inútil,

concluye por buscar la acera, andar los cien pasos, los doscientos, los trescientos, para sentarse en los muros del Malecón, mientras los más afortunados ruedan sus autos por el asfalto, en busca de su tajada de aire —como diría Miguel Angel Asturias. Si el Malecón es la pupila y los pulmones de La Habana, si pudiera ser el paseo por excelencia, como lo fué en otra

época, entonces, ¿por qué se le recortan las aceras, por qué se le colocan en el medio las mucuritas copiadas de las afueras de Miami, por qué se le impide al peatón atravesarlo, salvo en Prado, Galiano y el Parque de Maceo, y por qué encima de ese injusto castigo, se pretende colmar la nota de insensatez poniéndole dos o tres lobanillos de cemento en forma de baños públicos, absurdos, antiestéticos, peligrosos, en un alarde de demagogia innecesario? Se quiere reparar la injusticia social que condena al calor tórrido al hombre, a la mujer, al niño de las clases populares que no tienen piscina, ni club, ni dinero para bañarse en las playas privadas. Eso es plausible y representa una conquista más de la democracia. Resulta inconcebible que los habitantes de una isla tengan que considerar el baño de mar como un lujo. Pero los consultores del Gobierno pueden estudiar los títulos del litoral, rescatar lo mal habido, localizar los trozos de costas disponibles y habilitarlas para playas populares. Y todo esto, sin aspavientos, en forma organizada, siguiendo el consejo de los técnicos en la materia. Lo que debe desecharse es el proyecto de baños maleconeros, que exigirían el empleo de hierro y cemento en abundancia para fabricar muros de resistencia considerable, que aun así serían tragados por el primer ras de mar que se desatara. Y

entre un ras y una marejada, además de estropearnos la espléndida perspectiva del Golfo, se les estarían entregando víctimas a las olas, víctimas que serían con toda seguridad los infelices niños que las aguas arrastraran en un momento de descuido o de imprudencia.

Ya va siendo hora de que se agrupen los amigos de La Habana, para velar por sus monumentos históricos, por su belleza, por sus vecinos. No amigos de comilonas, ni para rehuir el pago de las contribuciones ni para negarle todo género de ayuda; sino para lo que hacen los amigos de las grandes capitales: para impedir que se derribe un árbol centenario, para conservar el carácter de un rincón como el de

4

2

Peña Pobre y la Loma del Angel, para oponerse a la lechada de la piedra vetusta o al injerto de unos bloques de cemento en la costa brava, junto al Malecón, construido por los norteamericanos de la Primera Intervención, ampliado y embellecido por Carlos Miguel de Céspedes. Se explica que muchos hombres preocupados de estas boberías, con que se acumula el caudal urbanístico de las capitales, estén temblando por lo que se vaya a hacer en Carlos III, y en Línea en toda su extensión, desde la Plaza del Maine hasta el fondo de Marianao. ¿Ya no se amenaza a ese mismo Carlos III, llamado a convertirse en una gran arteria, de transición entre las construcciones de tipo colonial y las proyectadas de la futura Plaza de la República; no se le amenaza con un Mercado, vecino a la Sociedad Económica de Amigos del País, cuando lo más lógico sería que se le entregara a "San Alejandro" y su anexa?

Estamos a tiempo. Despierten los habaneros de responsabilidad y sentido común. Digan su opinión. Porque si enmudecen —y el que calla, otorga— dentro de unos meses brotarán de los arrecifes del Malecón unas excrecencias de cemento que echarán a perder la perspectiva del mar, tan abierta, tan libre hoy de excentricidades. Ya que no sabemos agradecer bastante el regalo que nos ha hecho la Naturaleza, tengamos al menos la discreción de no enmendarle la plana.

*Alta Mayo 30/52*

